

la mayor parte también están en manos de extranjeros, residentes en el país los unos y fuera de él los otros. La verdadera dirección y servicio de nuestra deuda exterior está en Berlín, y las juntas directivas de nuestros ferrocarriles en Londres, Boston y Nueva York. El capital extranjero menos interesado es el americano, pero los intermediarios forzosos en las más de estas grandes empresas han sido sindicatos americanos, que aún conservan su influencia y su intermediación.

En este acervo enorme para nosotros, de cerca de \$500.000.000, el país no representa sino una vigésima parte cuando más y está excluido de toda dirección é ingerencia. Esta masa de valores públicos, la nueva generación necesita nacionalizarla á todo trance, porque en lo hacendario como en lo militar, perdidas las alturas quedan dominados los bajíos. Las empresas que son dueños absolutos del servicio de las vías de comunicacion y de los fletes, por completo tienen en sus manos la suerte de la agricultura y del comercio; los bancos que pueden fijar á su arbitrio los tipos de intereses, árbitros quedan de la industria y del traba-

jo; y el asentista que tiene á su cargo la emisión, la realización, el servicio y la amortización de un empréstito garantizado con las rentas públicas de un país, no sólo es dueño de las llaves de su tesoro, sino que tiene casi el dominio eminente sobre el país mismo.

Y una vez rescatados los valores públicos no ha terminado la ardua tarea de la nueva generación. Necesita sin herir el derecho ni ofender la justicia, distribuir sobre nuevas bases la propiedad privada. Aunque se le asigna una población de doce millones, México quizás no tiene más de diez millones de habitantes. La estadística conjetura que el valor de la propiedad en el país, tanto rústica como urbana, se aproxima á mil millones, y con más probabilidad afirma que no pasan de un millón los dueños de toda ella. Tan absurdo es económicamente que nueve décimas partes de los habitantes de un país estén destituidos de toda propiedad en él, como que la décima parte restante de sus pobladores pueda explotarlo todo y gozarlo convenientemente.

Como los reguladores de esas potentes maquinarias de la industria moderna, había

antes en el país un poderosísimo regulador de la propiedad, que guardaba el equilibrio en toda ella. La Iglesia poseía bienes cuyo origen de propiedad era el más santo y justo de cuantos pueda haber: la piedad y la caridad, las dos más grandes virtudes del corazón humano; y la donación, el más eminente y generoso ejercicio del dominio. No tenía la Iglesia en México lo que el odio y la codicia habían calculado; apenas llegaron á cincuenta y ocho millones los bienes productivos que poseía. Pero los poseía cristianamente, es decir, era dueña de ellos, según la doctrina cristiana sobre la propiedad, tan concisa y admirablemente formulada por Santo Tomás. Era dueña de ellos "para cuidarlos y explotarlos; pero el usufructo de los mismos lo comunicaba fácil y amorosamente con los pobres, para servir sus necesidades."

De esta manera la Iglesia se interponía entre el propietario y el desposeído, y ni éste sentía su necesidad ni aquel abusaba de su abundancia. Habiendo desaparecido en el país este gran regulador, es necesario arbitrar otros medios de restablecer el roto equilibrio. Los que sugieran la injusticia y

la violencia serán atentatorios y nocivos; y los que encuentre la sola prudencia humana de no ser contraproducentes, serán quizás estériles. Larga y dolorosa ha sido la experiencia: desde las leyes agrarias de los Gracos hasta las grandes espoliaciones de nuestro siglo, todas las trazas de los poderes humanos han sido inútiles para aliviar la suerte de los desheredados del mundo. El P. Félix, el pensador contemporáneo que más hondamente las ha penetrado, y el que con más férrea dialéctica las ha formulado y discutido, creía que la única solución sólida, eficaz y duradera de todas las graves cuestiones económicas y sociales que agitan á nuestro siglo, sería cristianizar la propiedad.

La cuestión de la propiedad no pueden resolverla ni los Poderes en sus Parlamentos y con sus armas, ni las multitudes en sus comicios y con sus turbulencias. Sólo puede resolverse en el fondo silencioso de la conciencia humana. Darle ilustración al pobre para multiplicar la potencia adquirente de su trabajo, y darle blandura al corazón del rico, para desasirlo de los bienes del mundo haciéndole vislumbrar los horizontes de una eternidad donde ni el dolor ni la dicha mue-

ren nunca, es resolver de raíz la cuestión de la propiedad en la tierra.

Pero para llevar la luz á la mente y el amor al corazón del hombre, no hay más camino que la educación civil y religiosa.

La amplitud y fertilidad del suelo y la escasez de población, están ocultando y dilatando los naturales efectos de la mala distribución de la propiedad; pero quizás no basten á contener las tremendas consecuencias de la dificultad y mala distribución del trabajo en México. Aunque parezca contradictorio, por lo que se refiere al trabajo, el país padece por exceso y por defecto. Trabajan en él menos de los que deben, y los que trabajan, trabajan mucho: los que pueden no quieren trabajar, y los que quieren no pueden. El más complejo, el más erizado de dificultades, y el más apremiante de los problemas que México necesita resolver, es, sin duda, el del trabajo.

En México, la suavidad de un clima enervante y debilitador, la fertilidad de un sue-

lo generoso, las tradiciones de una falsa riqueza y de una falsa dignidad, han enflaquecido el respeto y el amor al trabajo. La riqueza, en el orden cristiano, libra de las privaciones de los bienes materiales; pero no exime del trabajo. No son dueños los ricos de los bienes que Dios les ha dado, sino administradores de ellos, y su tarea de trabajo crece á medida de sus riquezas. Tampoco exime á los pobres del trabajo la fertilidad del suelo: deben hacerlo producir, no sólo para ellos, sino para otros más pobres, porque el que pudiendo ayudar á su hermano no lo socorre, casi lo roba.

En el social, lo mismo que en el organismo humano, no pueden dejar de funcionar unos miembros sin que se fuerce y debilite la acción de los otros. Si los pobres no han de trabajar por falta de aspiraciones y necesidades; si los moradores de las pequeñas poblaciones se han de conformar con las cosechas que para la subsistencia de todo el año les rinden sus labores con un solo mes de trabajo, pasando el resto del tiempo como la antigua plebe bizantina, en los vicios y en espera de revueltas; si los pequeños rentistas por suficiencia de elementos

de vida han de eximirse del trabajo, y si los grandes capitales tampoco han de trabajar por ausentismo y por falta de espíritu de asociación y de empresa, ¿qué clases sociales son entonces las que deben trabajar y en qué pueden trabajar?

El trabajo entonces de las clases laborantes se hace tan ímprobo como mal retribuido, tan humillante como difícil de encontrar. Tomadas todas las avenidas del trabajo productivo por las empresas y colonias extranjeras, ya no queda pan para el infortunado nativo, sino en el jornal de la esclavitud, en el miserable sueldo arrojado con desdén por manos extrañas, ó en la pensión del empleo público sin seguridad ni porvenir, alcanzado muchas veces con bajeza, y pocas veces desempeñado sin apostasía ó sin complicidad.

Es casi un crimen nacional, dejar solos sobre el aspérrimo campo del trabajo: á nuestra clase media al lado del extraño y ayudándole á formar rápida fortuna, sin esperanza de participación; á nuestro pueblo sirviendo á las grandes y productivas empresas, á todo riesgo, y sin otro porvenir que la mutilación, la vejez y el abando-

no; al inmigrante pobre y sin experiencia, explotado sin piedad, por su propia sangre; y al indio mártir, sudando doce horas sobre su abrumadora faena. La explotación por el trabajo, del indio y del inmigrante pobre, es un crimen que clama al cielo. Al indio, Dios mismo nos lo ha dado en adopción, y el inmigrante joven, muchas veces niño, es también un depósito sagrado: viene á nosotros bajo la triple é inviolable garantía, de la misma raza, las mismas costumbres y la misma religión.

El combate en defensa del trabajo nacional debe ser no sólo el más reñido, sino el más implacable y heróico. Salvado el trabajo, con él hay esperanzas de salvarlo todo; sin él, todo está perdido, y quizás para siempre y sin remedio. La escuela es el último reducto de su defensa.

Otro problema pesa sobre el país, á cuyo lado, los demás por graves y trascendentales que sean, se miran pequeños. Tres siglos y los esfuerzos de las naciones más sabias y poderosas del mundo no bastaron á

resolverlo. Con la independencia lo heredamos de nuestros progenitores: desde entonces está pesando sobre nuestra conciencia como un aterrador remordimiento, y mientras no le demos solución á satisfacción del cielo no habrá para nosotros tranquilidad ni dicha sobre la tierra.

A fines del siglo xv surgió de lo ignoto un mundo henchido de pobladores desconocidos. Sorprendida un momento la Europa con tan inesperado y portentoso suceso, entonó un himno de admiración y de gratitud al Sér Supremo, y esperó reverente sus órdenes para cumplirlas; pero enloquecida bien pronto por el doble vértigo de su soberbia y su codicia, desconoció el beneficio, y renegando de su misión, convirtió la que debía ser de luz, de amor y de alegría, en una obra de lágrimas, de exterminio y de tinieblas.

Da vergüenza y dolor por la flaqueza humana, pero es inexorable el testimonio de la historia, eterna é inflexible voz de la posteridad. Sólo dos almas estuvieron á toda la altura de tan grande suceso; la de Isabel y la de Colón. El descubrimiento del Nuevo Mundo fué un don que Dios hizo por

manos del genio á la virtud. El genio y la virtud se comprendieron. “Aquí tiene Vuestra Alteza, le escribía Colón, incontables súbditos en quienes propagar la fe de Cristo.” “Serán hijos míos en el tiempo, le contestó Isabel, para hacerlos hijos de Dios en la eternidad.” Jamás han atravesado los mares mensajes humanos más sublimes.

Colón fué aherrojado; Isabel murió; los mares se llenaron de naves exploradoras; los conquistadores aparejaron las suyas, y una ola de fuego y de sangre barrió la faz del Nuevo Continente y de sus islas. Inglaterra, con una sabiduría humana que espanta y una frialdad de egoísmo que hiela, mató á los indios sin piedad. Francia los repelió de sí, dejándolos morir en el aislamiento de su ignorancia y su miseria. Portugal, sin vacilación, los hizo víctimas ó esclavos. Sólo España, esa nación magnánima á cuya sangre parece haber prestado la fe los gérmenes de la inmortalidad, fué la única que cuidó de cicatrizar las heridas abiertas por el hierro de la conquista con el bálsamo suavísimo de la caridad cristiana. La historia antigua de México es sólo la historia de las órdenes religiosas que lo

evangelizaron y civilizaron. México no podría dejar de ser católico, sin rasgar las páginas más bellas, más edificantes, más conmovedoras de su pasado.

Cuatro siglos han pasado, y al cabo de ellos, nos encontramos viviendo en nuestro suelo y con nosotros, cinco millones de los restos de esas razas aborígenes. La conquista los hizo nuestros compatriotas; la independencia nuestros conciudadanos; y antes el Cristianismo, nuestros hermanos. De ellos, los unos viven labrando nuestros campos para darnos pan y derramando su sangre para darnos paz; y los otros habitan en el fondo de nuestros bosques y en las hondonadas de nuestras serranías, ó vagan en las soledades de nuestras fronteras, sin fe, sin abrigo y sin pan. ¿Qué hacemos con ellos?

La impiedad, que no tiene corazón, porque la fe y la caridad son hermanas, como remedio á sus males les aconseja á los indios la rebelión, el despojo y el asesinato, ¡ como si el crimen pudiera ser nunca la consolación de la desgracia! Además de criminal sería estéril tan perverso atentado. El destino ha atado su suerte á la nuestra: aun

cuando tildando tres siglos de prescripción quedaran por únicos dueños del suelo, sin nosotros los indios volverían á hundirse por su propio peso en el abismo del gentilismo y la barbarie.

Si los indios nunca deben fundar sus esperanzas en el crimen, tampoco nosotros podemos perseverar en nuestro delito. Hacerlos trabajar doce horas por treinta centavos; alimentarlos con puñados de maíz; dejarlos desnudos hasta el impudor; darles por habitación los cubiles que disputan á las fieras, ó chozas tan miserables que hacen preferibles las zahurdas; ultrajar en ellos todos los derechos del ciudadano y del hombre; violar en su familia todos los pudores y todas las santidades de ella, y dejarlos á todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, sin una luz de fe en la mente ni un rayo de amor en el corazón, sin consuelo en la tierra y sin esperanza en el Cielo, es un crimen que no debe ni puede continuar. De cada día que pasemos en el tracto de nuestro delito, seremos responsables en presencia de Dios y de los hombres. Y ojalá Dios en la severidad de sus juicios y á reserva de castigarlo después, no cons-

tituya por nuestro juez en la tierra al pueblo americano, que sería el más cruel é inexorable de los jueces, al sentirse reo de análogo y mayor delito.

¿Qué hacemos con los indios? Sólo el Cristianismo, que es la verdad absoluta, tiene respuesta para todas las preguntas y solución para todos los problemas. Por su debilidad, por su ignorancia y su infortunio, los indios son más que nuestros hermanos, son nuestros hijos. Los deberes de la paternidad son inmutables é indeclinables; debemos doctrinarlos, educarlos y sustentarlos; en una sola y más cristiana palabra, debemos amarlos. Si grande es el gravamen, grande será también la recompensa.

Nuestro tesoro no consiste en las rocas de oro y plata que sustentan nuestro suelo; en la variedad de nuestros climas; en la abundancia y suprema calidad de nuestras producciones; en nuestras costas bañadas por el Golfo y el Pacífico, ni en Tehuantepec, "la puente sobre los dos mares," como le llamaba Cortés. Nuestro verdadero é incomparable tesoro consiste en cinco millones de indios. La fuerza que esconde esa

enorme cantidad de dinamita humana, obrando sin dirección y ciega, puede arrasar nuestro suelo con más espantoso cataclismo que si á un tiempo reventaran todos los volcanes; pero bien dirigida, puede asimismo derribar en un instante cuantos obstáculos se opongan á nuestra prosperidad y grandeza.

No lo hemos estudiado ni sabemos cuán grande es nuestro tesoro. El indio ríe poco y llora mucho; medita y calla; no lo rinde el trabajo ni el dolor lo vence; es leal hasta la muerte y nada quebranta su constancia; sufre sin queja y muere sin congoja; obedece sin réplica y manda sin vacilación; su abnegación llega á la perpetuidad del heroísmo y su fe religiosa es capaz de trasladar montañas. El indio es un diamante ignorado: el día que labremos sus facetas, nosotros mismos quedaremos deslumbrados. El día que cinco millones de indios estén alimentados y vestidos, doctrinados y educados, adiestrados en los oficios de la paz y ejercicios de la guerra, convertidos en productores y consumidores, restituidos á la conciencia de su dignidad y satisfechos de su dicha; cuando en fuerza de sentirse

amados nos amen también, en ese día feliz y glorioso, tan prósperos seremos en la paz como invencibles en la guerra!

Hay que educar al indio; pero si á despecho de la impiedad debe decirse todo, el indio no puede tener otros maestros que los misioneros. Si se ha de consultar la experiencia de tres siglos, los maestros del indio tendrán que volver á serlo el franciscano y el jesuita.

El maestro, sí, pero acorazado con sotana ó cogulla. La escuela, sí, pero al pie y á la sombra de la Cruz.

La educación escolar y el progreso están íntimamente ligados. La educación, que es en lo general el fundamento más sólido del adelantamiento social, en México no sólo será la base de su civilización, sino la clave única para resolver los graves y peligrosos problemas, de cuya acertada solución dependen su prosperidad y su existencia misma como nación.

Después de haber tratado de demostrar estas verdades, asalta de repente como un remordimiento al corazón.

¿Habría sido una crueldad inoportuna haberle hablado á una juventud tan tierna, como la que se educa en este plantel, al abrigo de la Compañía de Jesús abuela insigne de nuestras letras, de cosas tan dolorosas y tan serias? ¿Pero cómo hablarla de las espantosas realidades de la tierra sin amargura, si todos los senderos de la vida son espinosos y salobres todos los ríos de lágrimas que la riegan?

Es necesario hablar por el presente y por el futuro, por los coetáneos y por los posteriores. El doloroso examen de nuestras amargas é íntimas congojas, no debe conducirnos á sólo exhalar quejas femeniles y estériles, ni menos á lanzar reproches injustos y tardíos contra un poder valeroso y bien intencionado. Debe, por el contrario, ponerse en manos de éste la doble y poderosísima palanca del pensamiento y confianza nacionales, para que con su ayuda pueda remover las enormes moles que á todos nos están abrumando, y que arrojamamos sobre

nuestros hombros en los atolondramientos de la impotencia.

Antes de morir, debe la generación actual, con la sinceridad y solemnidad propias de quien habla en postrimerías, pronunciar siquiera una palabra en su abono, que como su perpetua defensa quede resonando siempre en la posteridad. En los extremos peligros el valor es la prudencia suprema. La patria estaba exangüe y agonizante, y era necesario darla paz aun á precio de oro. Crujían ya los puentes y se desplomaban los túneles de su vía, y antes de que se hundieran era necesario lanzarla por ella á todo vapor y á todo riesgo. Se hizo, pues, no sólo lo menos malo, sino lo único que podía hacerse. La temeridad era entonces la sola esperanza de salud.

Callar sería la más cruel de las compasiones: si ya pronto ha de rendir su jornada la generación presente y la venidera no ha de poder repudiar la herencia que le dejemos, piedad es mostrarla de antemano al menos las más pavorosas cláusulas de nuestro tremendo testamento.

Dentro de diez, dentro de cinco años, la adolescencia de hoy será ya la robusta ju-

ventud que bajará á la liza á pelear el buen combate. ¿Estará predestinada á ser una legión de victoriosos héroes ó de sublimes mártires? Vencidos ó vencedores, la gran victoria será siempre suya; ¡que en el triunfo ó en la caída, despiertos ó soñando, obrar bien, como dice Calderón, es lo que importa!

¡Qué Dios los bendiga y los conforte!

